

¿SERÁ NECESARIO UNA TERAPIA INTENSIVA?

Un amigo mío, que ha vivido una vida sin haber sufrido ninguna enfermedad grave, ninguna operación, prácticamente sin necesidad ni siquiera de un examen de sangre. Que ha llevado una vida activa, sin vicios, con sus defectos y virtudes, luchando por sus ideales, haciendo deporte. En regla general, que ha llevado una vida sana, le sucedió lo siguiente.

De repente, estando en su trabajo, a eso de las 2:30PM, se empezó a sentir muy mal, cosa que jamás había sentido anteriormente y de forma tan intensa. Se trasladó al consultorio médico de la misma empresa, presintiendo que era algo de cuidado. Aconsejado por la enfermera y por sus compañeros de trabajo, pidió ser trasladado a un centro clínico. Siempre recordó una palabra que dijo uno de sus compañeros, y notó que lo dijo con mucha sinceridad. Al salir de la empresa le dijo ¡suerte!

Por el camino, desde su celular, se comunicó con su parroquia y pidió lo esperara en la emergencia del centro clínico, un sacerdote. Presentía que podía morir, y quería estar en la mejor condición espiritual posible, además, la confesión, aún no teniendo pecado grave, aumenta la Gracia de Dios. Estaba sumamente nervioso, más él cuenta en su escrito, que nunca se sintió asustado y que estuvo siempre dispuesto a aceptar la voluntad del Señor, no como resignado, como si no podía hacer nada. Estaba dispuesto a aceptar la voluntad del Señor ya que El conoce mejor que nadie, lo que nos conviene.

Al llegar al centro clínico y ser atendido por los médicos, el diagnóstico fue rápido, ¡se trata de un infarto! Lo pasaron inmediatamente a un salón de cuidados intensivos coronarios. En esta primera etapa no le fue posible conversar con el sacerdote.

Luego vinieron los cables, las agujas, los sueros y el corre corre de los médicos pidiendo los medicamentos apropiados para el caso, pero con cierta urgencia. Esto le hacía pensar que su nave estaba realmente en aguas sumamente turbulentas y que corría el peligro de naufragar, pero no tenía miedo. Su Padre era el capitán del barco y lo llevaría a puerto seguro, al puerto que su Padre quisiera llevarlo, aquí en la tierra o en cualquier otro sitio.

Al pasar las primeras horas y luego de haberse logrado disolver el coagulo que obstruía una de sus arterias, se retiraron los médicos, dejando todas las indicaciones del caso. Solo quedaron en la sala dos enfermeras y un médico residente de cuidados intensivos. Todo quedó con poca luz y en silencio, excepto el bip, bip, bip del monitor.

En ese momento dejaron pasar al sacerdote con el que pudo confesarse, y le pidió que le administrara los Santos Óleos. El sacerdote le dijo que no era necesario ya que el pronóstico era bueno. Según cuenta mi amigo en sus escritos, le hubiese gustado que le administrara este sacramento ya que lo hubiese hecho sentir en unas condiciones inmejorables desde el punto de vista espiritual. Luego pasaron uno o dos familiares a verlo.

Había estado levantado desde las 3:30AM del día anterior. Eran como las 12:30AM y a pesar de esto no podía dormir. Le pidió al médico le administrara un medicamento ya que deseaba dormir, descansar, y a pesar de haberle inyectado un tafil no pudo dormir absolutamente nada., La mente la tenía sumamente clara y le empezaron a venir recuerdos, pensamientos, preguntas. Empezó a ver la película de su vida. Esto le hacía recordar que las personas cuando mueren les pasa algo similar pero en su caso no solamente estaba vivo, sino también, que el pronóstico era bueno. Inclusive, ya se había salido de la gravedad extrema.

Como católico practicante, con sus altos y bajos, había estado tiempo sumamente activo en el apostolado, tratando de hacer vida la vida de Jesús. Había tratado de llevar una vida coherente con lo que profesaba. Había tratado, en lo posible, de dar y darse a los demás. Por lo menos, eso había creído hasta ese momento. Había tenido fracasos como todo el mundo, había estado deprimido, había sido víctima de la enfermedad del siglo 21, el stress.

Pero a pesar de haber estado convencido, en que había estado haciendo lo que siempre había creído que le tocaba hacer como cristiano católico comprometido, empezaba a pensar las cosas de otra manera. En la terapia intensiva no veía igual las cosas. Le parecía que le estaba cambiando la mente, que le estaba cambiando los ojos, que le estaba cambiando el corazón. Estaba viendo la vida a través de otro cristal, estaba viendo desde otra óptica o desde otro ángulo. Se acordó de un pasaje en La Biblia en relación al ciego de Jericó donde dijo "Señor, ¡haz que yo vea"!

En la terapia intensiva, le parecía que veía más claro, le parecía que estaba leyendo un libro que no había leído antes. Que había visto la película de su vida y que la había analizado pero con otro criterio, con otros valores. Le parecía que debía fijarse en cosas que antes no se había fijado. Que debía tener un tiempo que no tenía antes, y dedicar ese tiempo a cosas que no le había dedicado nada. Se decía que si salía de esa, debía sacar el tiempo de donde antes no había podido.

En esas horas de terapia intensiva, y pareciéndole que el tiempo estaba detenido, pudo reflexionar más de lo que había reflexionado en toda su vida. Había podido ver más claro de lo que había visto en toda su vida. Veía el reloj, pensaba en muchas cosas por un tiempo bastante largo y volvía a ver el reloj y solo habían pasado 5 minutos. Experimentó una soledad que nunca había sentido

antes, a pesar de estar acompañado por un médico y dos enfermeras. Ese tiempo detenido, y esa soledad, crearon unas condiciones especiales que le ayudaron a que se le aclarara la mente de forma especial y la forma de ver las cosas en muchos aspectos distintas, a pesar de la gravedad. Esa condición especial le ayudo a ver por un cristal más limpio.

Esa condición especial le ayudó a hacerse muchas preguntas, como por ejemplo.

“Si no muriera. ¿Qué bien he podido hacer en mi vida y no hice? ¿Qué haría con lo que me queda de vida? ¿Sería útil para el Reino de Dios, el hecho de estar un tiempo más al servicio del Señor? Le vino a la mente aquellas palabras” “El hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (MT 20,28). Le vino a la mente unas palabras de San Agustín que no había olvidado nunca y donde mejor recordarlo que en ese momento” “Tu eres el Médico, yo soy el enfermo. Yo soy miserable y tu eres misericordioso”.

“Si no muriera. ¿Cuánto más aprovecharía el tiempo? Si no muriera señor, haz que estas verdades que estoy meditando en este trance de mi vida, queden grabadas en mi alma por siempre”.

Mi amigo, para recordar en forma clara las cosas, decidió escribirlas, me dejó ver parte de ese escrito y es lo que hago en este momento. Describir lo poco que me dejó ver. Sigue relatando su experiencia.

“Si muero, ¿Estoy en condiciones de presentarme al Señor? Si Dios quisiera nos veríamos esta misma noche. ¿Me abrazará, como abraza el Padre, al hijo que regresa a casa? Las cosas buenas que he dejado de hacer, sin hacer quedarán por siempre. El tiempo perdido, sin recuperar quedará por siempre”

A pesar de no tener buena memoria para aprenderse las cosas al caletre le venían a la mente con gran facilidad frases que se grabaron en su mente. “Si muero señor, no me juzgues según mis pecados, sino según tu gran misericordia”. Le venían a su mente la cantidad de veces que debe haber repetido, rezándole a la Virgen, “Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amen”.

Mi amigo enfoca la labor de apostolado que debemos realizar aquí en nuestro mundo de la siguiente manera.

La gran mayoría de las personas se preocupan, y con razón, en tener su casa propia para vivirla hasta la muerte. Esa casa la ocupará 20, 50, 80 años. Sin embargo, allá en el cielo debemos fabricar otra casa, pero esta la habitaremos, por toda una eternidad.

En esa condición especial de gravedad, y en terapia intensiva, este individuo le decía al Señor. “Yo no he terminado aún mi casa allá en el cielo. Creo haber fabricado los cimientos pero aún le falta mucho para que esté habitable. Faltan por colocar muchos bloques todavía, pues es muy grande, ya que debe caber toda mi familia y para eso necesito más tiempo, pues esa casa se fabrica a punta de hacer lo que Tu Padre me tengas como tarea. Cada misión ordenada por Ti y cumplida, es un bloque que le ponemos a nuestra casa, allá en el cielo, la cual habitaremos por toda la eternidad.

Pero he tenido tiempo de haber terminado la casa, ¿Por qué no la he terminado? ¿Por qué no me he apurado en terminarla? ¿Es que acaso he pensado en que puedo vivir cientos de años y tengo tiempo suficiente para terminarla? No, no se cuando el Señor me llamará, pero si se que lo hará”.

¿Acaso era necesario una terapia intensiva para que mi amigo se diera cuenta que debía actuar todos los días en su vida como si fuera el último? ¿No debía tener en el cielo, la casa lista? En los actuales momentos él sigue fabricando sin cesar la casa eterna, de manera de estar listo cuando el Señor lo llame.

El me ha permitido comentar y divulgar parte de su experiencia, porque quizás le haga bien a alguien. Pero me puso una condición, de no dejar de mencionar lo siguiente

“Sirvamos al Señor, todos los días, en la medida de nuestras limitaciones. Pero en la mayoría de los casos somos nosotros los que ponemos esas limitaciones. El Señor nos da la forma de serle útil, nosotros solo tenemos que estar disponible para EL”.

Que no sea necesaria una terapia intensiva, para ver las cosas tal cual son.